

Cornelios, Cosso y Escipión, M. Valerio Máximo por segunda vez, Q. Fabio Ambusto por tercera, L. Furio Medulino por la quinta y Q. Servilio por tercera. Tocó á los Cornelios la guerra de los faliscos; á Valerio y á Servilio la de los capenatos. No intentaron asaltos ni sitios contra las ciudades; limitándose á devastar los campos y arrebatar todas las riquezas, no dejando en pie un árbol frutal, ni una sementera en el suelo. Estos estragos domaron al pueblo de los capenatos, pidiendo la paz, que le fué otorgada. Quedaba la guerra contra los faliscos. Pero múltiples sediciones estallaban en Roma, y para combatirlas se acordó enviar al territorio de los volscos una colonia de tres mil ciudadanos romanos, y triunviros creados al efecto dieron á cada uno tres yugadas y siete duodécimas (1) de terreno. Esta generosidad no tardó en quedar desacreditada, considerándola como un engaño para hacer desistir al pueblo de pretensiones más importantes. ¿Por qué, en efecto, relegar al pueblo al territorio de los volscos, cuando se tiene á la vista á Veyas, ciudad tan hermosa, y aquella campiña más fértil y más extensa que el territorio de Roma? Para muchos, hasta la ciudad era preferible á Roma por su posición, por la magnificencia de sus edificios públicos y privados y por sus plazas. Avanzóse más aún: suscitóse una cuestión que hubo de agitarse más enérgicamente todavía después de la toma de Roma por los galos: la emigración á Veyas. Hablábese de establecer en Veyas la mitad del pueblo y la mitad del Senado, de manera que las dos ciudades formasen la república del pueblo romano.

Los patricios combatieron este proyecto. «Preferían morir delante del pueblo romano á consentir nada se-

(1) Todas las medidas se dividían como la libra, en fracciones más duodécimales, que por extensión se designaban algunas veces con la palabra *uncia*.

mejante. Cuando en una sola ciudad había tantas turbulencias, ¿qué sería en dos? ¿Quién podría preferir la ciudad vencida á la patria victoriosa y permitir á Veyas conquistada mayor fortuna que á Veyas independiente? En último caso, sus ciudadanos son libres para dejarlos solos en la patria, pero ninguna fuerza podrá obligarles á ellos á abandonar á su patria y sus conciudadanos, y por seguir á T. Licinio (esté era el tribuno del pueblo autor del proyecto de ley), restaurador de Veyas, no abandonarían al dios Rómulo, hijo de un dios, padre y fundador de Roma.» Agitáronse estas cuestiones en medio de violentos debates, porque los patricios habían atraído á su causa á muchos tribunos del pueblo; una sola cosa impedía al pueblo ensangrentar la cuestión, y era que en cuanto se alzaba un grito precursor del combate, los principales senadores se arrojaban delante del pueblo, pidiendo para ellos los golpes, las heridas y hasta la misma muerte: ahora bien, su edad, sus dignidades y honores hacían que no se atreviesen á alzar la mano sobre ellos, y en todas las tentativas de este género el respeto se sobreponía á la ira. Camilo exclamaba en todas partes: «Que nadie debía extrañar el delirio de una ciudad que, á pesar de estar ligada por un juramento, prefería cualquier otro cuidado al pago de una deuda sagrada. No hablaba de la contribución, que antes merecía el nombre de limosna que el de diezmo; la obligación de las particulares había libertado de ella á la república. Pero su conciencia no podía callar que solamente se había levantado el diezmo sobre la parte mobiliaria del botín, y que nada se decía de la ciudad y de las tierras conquistadas, comprendidas igualmente en el voto.» El Senado encontró enojosa esta nueva cuestión y encargó su resolución á los pontifices. Llamado y consultado Camilo, decidió el colegio que todo cuanto había en Veyas antes de for-

mularse el voto, así como todo lo que después del voto había caído en poder del pueblo romano, debía formar parte del diezmo consagrado á Apolo. En consecuencia de esto, se hizo el aprecio de la ciudad y del territorio; sacóse del Tesoro el dinero necesario, y se encargó á los tribunos militares la compra de oro. Como no se encontraba bastante, reuniéndose y deliberando las matronas convinieron unánimemente en ofrecer á los tribunos su oro y todos sus adornos y los llevaron al Tesoro. Jamás hubo abnegación tan agradable al Senado; así fué que esta generosidad de las matronas les valió, según se dice, el honor del *pilentum* (1) en los sacrificios y en los juegos, y para los días ordinarios el derecho al *carpentum*. Pesóse y contóse el oro que cada cual llevó para pagárselo en plata, y se mandó construir una copa para enviarla á Delfos al templo de Apolo. Cuando las conciencias estuvieron tranquilas relativamente á los dioses, comenzaron los tribunos del pueblo á excitar nuevamente disturbios, excitando á la multitud contra los principales ciudadanos y en particular contra Camilo, que, habiendo vendido para el Tesoro y consagrado una parte del botín de Veyas, lo había reducido á nada. Ausentes, los increpan con furia; presentes y ofreciéndose ellos mismos á su enojo, les respetan. Viendo el pueblo que este asunto se prolongaría más del año, reeligió tribunos para el año siguiente á los autores de la ley: los patricios por su parte se esforzaron en mantener á los de oposición;

(1) El *pilentum* era un carruaje de cuatro ruedas, cómodo y suspendido, *pensile*, pintado ordinariamente de diversos colores. El carruaje de que se servían las vestales en común, el *carpentum*, llamado así, según se dice, de Carmenta, madre de Evandro, de ordinario no tenía más que dos ruedas; estaba cubierto con un toldo cintrado y se parecía al carro de los flamines, *currus arcuatus*.

de manera que casi todos los tribunos del pueblo fueron reeligidos.

En los comicios para tribunos militares, la alta influencia de los patricios consiguió la elección de M. Furio Camilo: su pretexto era la necesidad de un general para la guerra; pero en el fondo solamente quería un adversario á las generosidades tribunicias. Además de Camilo, se crearon tribunos militares con autoridad consular á L. Furio Medulino por sexta vez, C. Emilio, L. Valerio Publicola, Sp. Postumio y P. Cornelio por segunda vez. Al principiar el año permanecieron tranquilos los tribunos del pueblo, esperando la marcha de M. Furio Camilio, encargado de la guerra contra los faliscos; después el asunto fué languideciendo en aplazamientos, mientras que Camilo, su adversario más temible, aumentaba su gloria entre los faliscos. Como el enemigo comenzó por encerrarse en sus murallas, creyendo este partido el más seguro, devastando Camilo sus campos y quemando sus alquerías, le obligó muy pronto á salir de la plaza. Pero el temor impidió á los faliscos avanzar mucho y acamparon á millas de la ciudad, creyendo suficientemente defendido su campamento por su posición sobre un terreno erizado de rocas y de barrancos y de difícil acceso por ásperos y estrechos senderos. Camilo por su parte, por consejo de un prisionero que toma por guía, levanta su campamento entrada ya la noche, y al amanecer aparece sobre las alturas que dominan el campamento enemigo. Mientras que tres divisiones del ejército romano levantan fortificaciones, el resto esperaba preparado al combate. Habiendo querido los faliscos impedir los trabajos, Camilo les deshace y pone en fuga; y tal espanto se apoderó de ellos, que impulsados por la derrota más allá de su campamento, que estaba más cerca, entraron en la ciudad. Muchos quedaron muertos ó

heridos, antes de caer temblando en las puertas de la ciudad; el campamento fué tomado y el botín se entregó á los cuestores á pesar del profundo disgusto que experimentaron los soldados, quienes dominados por la imponente severidad del general, aborrecían y admiraban á la vez su virtud. En seguida pusieron sitio á la ciudad, fortificaron el campamento, y algunas veces las salidas de los habitantes contra las guardias romanas dieron lugar á ligeros combates; de esta manera pasaba el tiempo sin que hubiese más ventajas por una parte que por otra, y hasta los sitiados, gracias á sus depósitos, se encontraban más ampliamente provistos de trigo y víveres que los sitiadores. Todo hacía prever resistencia tan larga como la de Veyas, cuando la fortuna favorable al general romano añadió nuevo timbre á su virtud, experimentada ya en la guerra, apresurando para él la victoria.

Era costumbre de los faliscos encargar al mismo maestro la instrucción y custodia de sus hijos: muchos niños á la vez, costumbre que todavía hoy se sigue en Grecia, quedaban encargados á un hombre solo. Como en casi todas partes sucede, los hijos de los ciudadanos principales recibían las lecciones del más sabio y famoso. Acostumbraba este hombre, durante la paz, llevar los niños fuera de la ciudad para sus juegos y ejercicios. Como la guerra no le había hecho abandonar esta costumbre, sacábales á distancias más ó menos cercanas de las puertas, variando sus juegos y entretenimientos; y un día que había avanzado más de lo ordinario, encontrando propicia la ocasión, llegó hasta los puestos y el campamento romano, llevándoles hasta el pretorio delante de Camilo. Allí, añadiendo á su infamia lenguaje más infame aún, dijo: «Que ponía á Falerias en poder de los romanos, entregándoles los hijos de los principales personajes de la ciudad.» En cuanto Camilo

escuchó estas palabras, contestó: «Aquí no encontrarás un pueblo ni un general que se te parezcan, malvado, que vienes con infame presente. No tenemos con los faliscos ningún pacto de los que establecen los convenios de los hombres, pero los sentimientos de la naturaleza nos son comunes con ellos. La guerra como la paz tiene sus leyes, y nosotros hemos aprendido á observarlas, tanto por equidad como por valor. Armas tenemos, pero no contra esa edad que encuentra perdón hasta en las ciudades tomadas por asalto; las empuñamos contra hombres armados como nosotros, y que, sin que nosotros les insultásemos ni provocásemos, atacaron en Veyas al campamento romano. A esos, en cuanto ha estado en tu poder, les has vencido por medio de un crimen desconocido hasta hoy; yo les venceré, como vencí á Veyas, con el valor, el trabajo y las armas de los romanos.» Dicho esto, le desnuda, le ata las manos á la espalda y hace que sus discípulos le lleven á Falerias, habiéndoles dado varas para que azotasen al traidor al llevarle delante de ellos á la ciudad. Habiendo acudido el pueblo á presenciar aquel espectáculo, y habiendo invitado en seguida los magistrados al Senado para que deliberase sobre aquel extraño suceso, verificóse tal cambio en los ánimos, que aquella ciudad antes dominada por el odio y el furor, que casi hubiese preferido la ruina de los veyas á la paz de Capenas, pedía con voz unánime la paz. En el Foro y en el Senado solamente se hablaba de la fe romana, de la equidad del general, y de común acuerdo envían legados al campamento de Camilo, y de allí, con la autorización de Camilo, á Roma, para ofrecer al Senado la rendición de Falerias. Dícese que introducidos en el Senado, hablaron de esta manera: «Padres conscriptos, por una victoria que ni un dios ni un hombre podrían envidiar, nos habéis vencido vosotros y vuestro general; nos

rendimos, con la seguridad (y este es el mejor elogio para el vencedor) de vivir más dichosos bajo vuestro mando que bajo nuestras leyes. Por esta guerra se ofrecen dos ejemplos saludables al género humano: Vosotros habéis preferido la lealtad á una victoria segura; nosotros, movidos por vuestra lealtad, os entregamos voluntariamente la victoria. Quedamos en vuestro poder. Enviad á que se entreguen de las armas, de los rehénos, de la ciudad misma, cuyas puertas os están abiertas. No tendréis que quejaros de nuestra fidelidad, como nosotros no tendremos que quejarnos de vuestro imperio. Tanto por el enemigo como por sus conciudadanos se dirigieron acciones de gracias á Camilo; y con objeto de descargar del tributo al pueblo romano, se impuso á los faliscos el pago del sueldo militar de este año. Ajustada la paz, regresó el ejército á Roma.

Camilo se presentó en Roma con una gloria mucho más hermosa que la del día en que le llevaron en triunfo: fo caballos blancos; ahora sus únicos honores eran la justicia, la buena fe, con las cuales había vencido al enemigo. Viendo tanta modestia, el Senado tuvo secretos remordimientos y quiso cumplir su voto sin dilación. La copa de oro destinada á Apolo fué entregada á comisionados que debían llevarla á Delfos; eran éstos L. Valerio, L. Sergio y A. Manlio. Partieron en una nave, pero cerca del estrecho de Sicilia les cogieron piratas liparotas que les llevaron á Lipari (1). Costumbre de la ciudad era repartir entre todos las presas, como si el bandolerismo constituyese renta pública. Por casualidad este año era primer magistrado del

(1) Probablemente fué capturada la nave, porque se la tomó por un barco de piratas. En efecto, los de Lipari cruzaban contra los piratas tirrenianos, y lejos de arrebatarse las ofrendas destinadas al templo de Delfos, las hicieron algunas veces con el botín arrebatado á los piratas.

país un tal Timasitheo, que más se parecía á los romanos que á los suyos; el nombre de los comisionados, la ofrenda, el dios á que estaba destinada, todo le infundió respeto, consiguiendo inspirar á la multitud, que casi siempre se amolda á los que la gobiernan, justos y religiosos temores, y después de recibir á los comisionados como huéspedes de su nación, les hizo escoltar con sus naves hasta Delfos y restituirlos después fielmente á Roma. Por un senatus-consulto fué admitido al derecho de hospitalidad y la república le dedicó regalos. En este mismo año se hizo guerra á los equos con éxitos diferentes, hasta el punto de que ni en Roma ni en el mismo ejército se habría podido decir si eran vencedores ó vencidos. Los generales romanos C. Emilio y Sp. Postumio, los dos tribunos militares, comenzaron por dirigir la campaña juntos; pero después de deshacer al enemigo en batalla, creyeron conveniente separarse, ocupando Emilio á Verrugina con parte de las tropas, mientras que con las otras talaba los campos Postumio. Como, seguros por la victoria, caminaban sin orden, sorprendiéronles los equos, los derrotaron y rechazaron á las alturas inmediatas, cundiendo la alarma hasta Verrugina en los otros cuerpos del ejército. Después de poner Postumio en seguridad sus tropas, les reconvinó en una asamblea, por su terror y su fuga; habían sido derrotadas por el enemigo más cobarde, por el que más pronto huía. El ejército entero exclama que ha merecido la reconvencción, que confiesa su falta y su vergüenza; pero quiere reparar la falta, y la alegría del enemigo no durará mucho. Pide que inmediatamente le lleven contra el campamento enemigo, establecido á su vista en la llanura, y si no lo toma antes de la noche, se somete de antemano á todos los suplicios. Después de felicitar á sus soldados, el general les manda descansar, recobrar las fuerzas y

están dispuestos para la cuarta vigilia. Temiendo el enemigo que los romanos aprovecharan la noche para abandonar su posición y escapar por el camino de Verrugina, quiso cerrárselo y acudió al encuentro. Tratóse el combate de noche, pero como la luna estaba en lleno, no se veía menos claro que en un combate de día. Los gritos que llegaban á Verrugina, donde se creía sitiado el campamento romano, produjeron tal espanto, que á pesar de los esfuerzos y súplicas de Emilio, la guarnición se dispersó y huyó á Túsculum, dando esto lugar á que se dijese en Roma que Postumio y su ejército habían sido destrozados. Este general, en cuanto permitió el día que el soldado pudiese marchar libremente sin temor á emboscadas, corrió á caballo en medio de las tropas, les recordó sus promesas y les inspiró tal ardor que los equos no pudieron sostener el choque. Huyeron, y entonces, como siempre que hierre el enojo y no el valor, hizo terrible matanza en el enemigo. La alarmante noticia de Túsculum, que tan vanos terrores había propagado en Roma, vino seguida de cartas laureadas de Postumio: «El pueblo romano es vencedor: el ejército de los equos está completamente destruído.»

Como los tribunos del pueblo no habían triunfado todavía en sus pretensiones, el pueblo quiso que continuaran en el tribunado los autores del proyecto de ley, y los patricios trabajaron con empeño en la elección de los adversarios; pero el pueblo triunfó en los comicios. Disgustados por el éxito los patricios, para vengarse decretaron por un *senatus-consulto* el nombramiento de cónsules, magistratura odiosa al pueblo; y después de un intervalo de quince años, fueron nombrados cónsules L. Lucrecio Flavo y Ser. Sulpicio Camerino. Al principio de este año, mientras que los tribunos, libres de toda oposición en su colegio, reclaman abiertamente

la adopción de su ley, que los cónsules resisten con más obstinación que nunca, y que la atención de la ciudad está fija en estos debates, los equos atacan á Vitelia, colonia romana establecida en su territorio. Casi todos los colonos huyeron: la obscuridad de la noche, que había favorecido la traición que les entregaba la plaza, protegió la evasión de éstos, pudiendo escapar por detrás de la ciudad y refugiarse en Roma. Encargóse esta campaña al cónsul L. Lucrecio, quien partiendo con un ejército, derrotó al enemigo en la llanura, y vencedor regresó á Roma para combates más rudos. Dos tribunos del bienio anterior, A. Virginio y Q. Pomponio, habían sido citados en juicio; cumplía á la lealtad de los patricios poner á los acusados bajo el patronato del Senado, porque el único delito de su vida y de toda su magistratura había sido su sumisión á los patricios y su oposición á los manejos de los otros tribunos. El enojo del pueblo pudo más que el favor del Senado, y los acusados, á pesar de su inocencia, por un juicio de pernicioso ejemplo, fueron condenados á diez mil libras de peso de cobre. Los patricios experimentaron profundo pesar. Camilo increpaba abiertamente aquella iniquidad del pueblo, que ahora atacaba á los suyos y no comprendía que por aquella inicua sentencia habían quitado á los tribunos su derecho á la oposición, y por la supresión de este derecho destruía el poder tribunicio. Equivocabábase al esperar que los patricios soportasen la desenfrenada licencia de los magistrados populares. Si en lo sucesivo no se contaba con el auxilio de los tribunos para reprimir las violencias tribunicias, los patricios encontrarían otras armas; y al mismo tiempo acusaba á los cónsules por haber sufrido en silencio que la fe pública faltase á dos tribunos que habían obrado siempre bajo la dirección del Senado. Con estas reconvenções á que se entregaba

públicamente, aumentaba de día en día el enojo de los ciudadanos.

Por otra parte no cesaba de irritar al Senado contra la ley. «Al bajar al Foro el día en que se vote la ley, recordarán sin duda que van á combatir por sus altares y casas, por los templos de sus dioses y por el suelo en que nacieron. En cuanto á él particularmente, si le es permitido recordar su gloria en estas grandes pruebas de la patria, halagaría á su orgullo ver florecer una ciudad que él había conquistado, admirar todos los días aquel monumento de su victoria, tener á la vista una ciudad que fué el ornamento de su triunfo y en la que á cada paso encontrarían vestigios de su gloria; pero consideraba como un crimen habitar una ciudad abandonada por los dioses inmortales, trasladar al pueblo romano á un suelo conquistado y cambiar una patria victoriosa por una patria vencida.» Excitados por las exhortaciones de este gran ciudadano los patricios, jóvenes y ancianos, bajaron en apretados grupos al Foro el día de la votación de la ley, disemináronse por las tribus, acércanse á sus tribulorios, les estrechan las manos y les suplican llorosos: «Que no abandonen aquella patria, por la que ellos y sus padres habían combatido con tanto valor y tanta fortuna.» Muéstranles el Capitolio, el templo de Vesta y los de los otros dioses que los rodean: «Que el pueblo romano no quede desterrado para ellos, alejado del suelo paterno y de los dioses penates, en una ciudad enemiga; que no hagan lamentar la conquista de Veyas por los que vean el abandono de Roma.» Como no empleaban la violencia, sino la súplica, y en ésta hablaban mucho de los dioses, excitaron los sentimientos religiosos del mayor número y se declararon más tribus en contra de la adopción de la ley que por su aproba-

ción (1). Esta victoria fué tan grata á los patricios, que al día siguiente, á propuesta de los cónsules, se dió un senatus-consulta por el que se concedía al pueblo siete yugadas de tierra en territorio veyano. En esta distribución no se tenía en cuenta solamente á los padres de familia, sino que también á todas las cabezas libres de cada casa; la esperanza de herencia alentaba así el aumento de la familia.

Dulcificado el pueblo por estas generosidades, no se opuso á las elecciones consulares; siendo nombrados L. Valerio Potito y M. Manlio, llamado después Capitolino. Estos cónsules celebraron después los grandes juegos que ofreció solamente el dictador M. Furio durante la guerra de Veyas. Aquel mismo año dedicaron el templo de Juno, que ofreció durante la misma guerra el dictador, y dícese que la abnegación de las matronas contribuyó ahora también á aumentar el esplendor de esta dedicación. La guerra que se hizo á los equos en Algida no ofreció nada notable, quedando derrotado el enemigo, por decirlo así, antes de pelear. A. Valerio se le concedió el triunfo por el ardor que desplegó en la matanza de los fugitivos; á Manlio se le otorgó la ovación. En este mismo año aparecieron nuevos enemigos, los volsimienses: el hambre y la peste que se habían propagado por el territorio romano, por consecuencia de sequías y de extraordinarios calores, impidieron

(1) Los votantes se servían para rechazar la ley de tablillas en que estaban escritas las letras A. P., abreviatura de *antiqua probo*, apruebo las leyes antiguas, rechazo las nuevas. De aquí *antiquare legem*, rechazar una ley.

Para la adopción se escribía en las tablillas U. R., *Uti rogas*, como pides, como quieres, opino como tú.

*Ferre, rogare* eran las palabras propias para expresar la acción del magistrado que presentaba una ley al pueblo; *sub eo* ab

*subere, seiscere* expresaba la adopción de la ley por el pueblo; de este último verbo viene *plebiscita*.

que se dirigiese un ejército contra ellos. Alentados y enorgullecidos con la impunidad, los volsimienses, á quienes se habían unido los salpinatos, saquearon cruelmente el campo romano, por lo que se declaró la guerra á los dos pueblos. Habiendo muerto el censor C. Julio, nombróse en su puesto á M. Cornelio; pero después, la caída de Roma durante este lustro, unió una idea funesta á estas sustituciones, y en adelante no se substituyó con nadie al censor muerto en el cargo. Habiendo atacado el contagio á los dos cónsules á la vez, decidióse que se renovarían los auspicios por un inter-rey; y como por un senatus-consulta habían abdicado los cónsules, se nombró inter-rey á M. Furio Camilo; éste tuvo por sucesor á P. Cornelio cipión, Esreemplazado á su vez por L. Valerio Potito, quien creó seis tribunos militares, con autoridad de cónsules á fin de que si alguno de ellos caía enfermo, quedasen bastantes magistrados en la república.

En las kalendas de Julio entraron en las magistraturas L. Lucrecio, Ser. Sulpicio, M. Emilio, L. Furio Medulino por séptima vez, Agripa Furio y C. Emilio por la segunda. Tocó en suerte la campaña contra los volsimienses á L. Lucrecio y á C. Emilio; Agripa Furio y Ser. Sulpicio marcharon contra los salpinatos. Primeramente se combatió á los volsimienses, pero si la muchedumbre de enemigos daba importancia á esta guerra, su valor no la hacía temible. Al primer encuentro fueron derrotados y puestos en fuga; ocho mil soldados, atacados por la caballería romana, arrojaron las armas y se entregaron. Al tener noticia de esta victoria, temiendo los salpinatos combatir con los romanos, se encerraron armados en sus murallas. Entonces pudieron los romanos devastar libremente sin encontrar obstáculos las tierras de los salpinatos y de los volsimienses; pero al fin, estos últimos, cansados de la gue-

rra, habiéndose sometido á restituirlo que habían arrebatado al pueblo romano y á pagar á las tropas el sueldo del año, obtuvieron una tregua de veinte años. En este mismo año, el plebeyo M. Cedicio declaró á los tribunos que en la Vía Nueva, en el terreno donde hoy se eleva un santuario, más arriba del templo de Vesta, en el silencio de la noche había oído una voz más poderosa que la humana que le mandaba anunciar á los magistrados la aproximación de los galos. Como de costumbre, la humilde posición del que dió el aviso fué causa de que se le despreciase, y además aquel pueblo estaba tan lejos que apenas se le conocía. No era bastante que Roma despreciase los avisos de los dioses; impulsada por el destino, rechazó de sus murallas al único hombre que podía haberle socorrido verdaderamente, á M. Furio. Citado ante el pueblo por el tribuno L. Apuleyo para que diese cuenta del botín de Veyas en los mismos días en que acababa de perder á su hijo adolescente, citó á su casa á sus tribularios y clientes, plebeyos casi todos, y les preguntó su intención, y habiéndole contestado éstos «que pagarían la multa que le impusieran, cualquiera que fué, pero que no podían absolverle», marchó al destierro, rogando á los dioses inmortales «que si era inocente, si no merecía aquel ultraje, obligasen pronto á su ingrata patria á echarle de menos.» Ausente, fué condenado á quince mil libras de peso de cobre.

Expulsado este ciudadano, que á lo que puede juzgarse de las cosas humanas, presente hubiese impedido la toma de Roma, los destinos precipitaron la ruina de la ciudad. Legados de Clusio llegaron á pedir socorro contra los galos. A lo que refiere la tradición, aquel pueblo, seducido por el dulce sabor de las frutas de Italia y especialmente por su vino, voluptuosidad que le era desconocida aún, había atravesado los Alpes y se había

apoderado de terrenos que antes cultivaban los etruscos. Dicese que Aruncio de Clusio había llevado vinos á la Galia para atraerse á aquel pueblo é interesarle en su venganza contra el raptor de su esposa, Lucumón, cuyo tutor había sido, rico y poderoso joven, á quien no podía castigar sin el auxilio del extranjero. Púsose á su frente, les hizo cruzar los Alpes, y les llevó á poner sitio á Clusio. Sin dificultad admitiría que Aruncio ó cualquier otro clusino llevó á los galos delante de Clusio; pero es cosa averiguada que los que sitiaron aquella ciudad no fueron los primeros que cruzaron los Alpes: porque doscientos años antes del sitio de Clusio y de la toma de Roma habían bajado los galos á Italia; y mucho tiempo antes de los clusinos, otros etruscos, que habitaban entre los Apeninos y los Alpes, tuvieron frecuentemente que combatir ejércitos galos. Antes de la existencia del imperio romano, los toscanos habían extendido mucho su dominación por mar y tierra: los mismos nombres del mar superior y del mar inferior, que ciñen á Italia como una isla, atestiguan el poderío de este pueblo: las poblaciones italianas habían llamado al uno mar de Toscana, del nombre de la misma nación; al otro mar Adriático, del nombre de Adria, colonia de los toscanos. Los griegos les llaman mar Tirreno y mar Adriático. Dueños del territorio que se extiende entre los dos mares, los toscanos construyeron en él doce ciudades, estableciéndose primeramente del lado acá de los Apeninos, hacia el mar inferior; en seguida, de estas capitales se enviaron otras tantas colonias, que, excepción del ángulo de los venetos, ocuparon todo el país, desde el lado allá del Po hasta los Alpes. Sin duda alguna, todas las naciones alpinas han tenido el mismo origen, principalmente los retes: la aspereza de aquellos parajes ha hecho rudos á los habitantes, hasta el punto de que no han conservado de

su antigua patria más que el acento, y éste muy corrompido.

Del paso de los galos á Italia sabemos lo siguiente: Reinando en Roma Tarquino el Viejo, la Céltica, una de las tres partes de la Galia, obedecía á los bituriges, que le daban reyes. Bajo el gobierno de Ambigato, á quien su virtud, sus riquezas y la prosperidad de su pueblo habían hecho omnipotente, la Galia adquirió tal desarrollo por la fertilidad de su suelo y el número de sus habitantes, que pareció imposible contener el desbordamiento de su población. Anciano ya el rey, queriendo desembarazar su reino de aquella multitud que le abrumaba, invitó á Beloveso y Sigoveso, hijos de su hermana, jóvenes emprendedores, á buscar estancia en los parajes que les señalasen los dioses por medio de los augures, teniendo libertad para llevar con ellos cuantos hombres quisieran para que ninguna nación pudiese rechazar á los invasores. La suerte asignó á Sigoveso las selvas Hercinianas y á Beloveso las de Italia. Llamó á sí de las exuberantes poblaciones, bituriges, arvernos, senones, eduos, ambarros, carnutos y aulercos, y partiendo con numerosas tropas de infantería y caballería, llegó á territorio Tricastino. Allí se encontraba delante de los Alpes, y no me admira que los considerase como infranqueable barrera, porque jamás, á menos que se dé fe á los fabulosos trabajos de Hércules, ninguna planta humana los había atravesado. Detenidos, y por decirlo así, encerrados en medio de aquellas altas montañas, los galos buscaban en derredor entre aquellos peñascos que se perdían en los cielos un paso por donde lanzarse á otro universo, cuando les detuvo una idea religiosa; porque supieron que unos extranjeros que, como ellos, buscaban patria, habían sido atacados por los salios. Eran estos los masilienses que habían venido por el mar Phoceo. Los galos vieron en



esto presagio de su destino y ayudaron á aquellos extranjeros á establecerse en las playas á que habían llegado y que estaban cubiertas de inmensas selvas. En cuanto á ellos, atravesaron los Alpes por gargantas inaccesibles, cruzaron el país de los taurinos, y después de vencer á los toscanos, cerca del Tesino, se establecieron en un terreno llamado campo Insubrio. Este nombre, que recordaba á los eduos los insubrios de su país, les pareció de feliz presagio y allí fundaron una ciudad que llamaron Mediolanum.

Siguiendo las huellas de éstos, un ejército de cénomanos, á las órdenes de Elitovio, pasó los Alpes por el mismo desfiladero, con el auxilio de Beloveso y fué á establecerse en los parajes ocupados entonces por los libuanos, en el terreno que ahora se encuentran Brixia y Verona. Después de estos se extendieron los saluvios á lo largo del Tesino, cerca del antiguo pueblo de los ligurios levos. En seguida llegan por el Pennino los boios y los lingones, quienes, encontrando todo el territorio ocupado entre el Po y los Alpes, atraviesan en balsas el Po, y arrojan de su territorio á los etruscos y á los ombrios; pero se contuvieron ante el Apennino. Al fin los senones, que llegaron los últimos, tomaron posesión de la comarca situada entre el río Utense y el Esis. Veo que esta gente fué la que llegó á Clusio y después á Roma; pero se ignora si llegó sola ó ayudada por todos los pueblos de la Galia Cisalpina. Esta nueva guerra espantó á los clusinos por la multitud de aquellos hombres, su gigantesca estatura, la forma de sus armas y lo que habían oído decir de sus numerosas victorias en las dos orillas del Po sobre las legiones etruscas; así fué que sin tener otro título de alianza ó de amistad con la república que su negativa á defender contra el pueblo romano á los veyos, sus consanguíneos, enviaron legados á Roma á pedir socorro al Sena-

do. Negóseles el socorro, pero tres legados, hijos de M. Fabio Ambusto, recibieron el encargo á nombre del Senado y pueblo romano de invitar á los galos á no atacar á una nación que no les había ofendido y que además era aliada y amiga del pueblo romano. En caso necesario, los romanos le ayudarían en la guerra, pero creían prudente no recurrir á este medio sino lo más tarde posible, y á este pueblo nuevo, los galos, mejor podían conocerle en paz que en guerra.

Esta misión era completamente pacífica; pero fué confiada á legados de carácter rudo y que se parecían más á los galos que á los romanos. Cuando expusieron su misión al consejo de los galos, les contestaron: «Aunque por primera vez oyen el nombre de romanos, se les cree valerosos, puesto que los clusinos, en circunstancias críticas han implorado su auxilio; y puesto que teniendo que defender contra ellos á sus aliados, han preferido recurrir á legados que á las armas, no rehusarán la paz que proponen, si los clusinos, que poseen más tierras de las que pueden cultivar, les ceden á ellos; que no tienen ningunas, una parte de su territorio: no siendo así, no otorgarán la paz. Quieren que les contesten delante de los romanos; y si se niegan, en presencia de los mismos romanos les combatirán, para que éstos puedan decir á los suyos cuánto sobrepujan en valor los galos á los demás hombres.»—Habiendo preguntado los romanos: «¿Con qué derecho venían á exigir terrenos á otro pueblo y á amenazar con la guerra, y qué tenían que hacer ellos, siendo galos, en Etruria;» les contestaron con altivez: «Que llevaban el derecho en las armas, y que todo pertenecía á los varones esforzados.» Subleváronse los ánimos, corrieron á las armas y se trabó el combate. Entonces los hados adversos triunfaron sobre Roma; despreciando el derecho del género, los legados empuñan las armas, y á aquel combate de tres de

los hijos más valientes y más nobles de Roma, al frente de las enseñas etruscas, no pudo permanecer secreto: ¡tanto brillaba su valor! Más aún: Q. Fabio, que corría á caballo delante del ejército, atacó á un jefe de los galos que se arrojaba con furor sobre las enseñas etruscas; le atravesó un costado con la lanza y le mató: mientras le despojaba, le reconocieron los galos y le señalaron en toda la línea como legado romano. Depuesto entonces el enojo contra los clusinos, se retiraron amenazando á los romanos. Muchos opinaron marchar directamente sobre Roma; pero los ancianos consiguieron que antes todo se enviasen legados para que se quejaran del ultraje y para pedir que en expiación de aquel atentado al derecho de gentes, se les entregasen los Fabios. Habiendo llegado los diputados galos, expusieron su mensaje; pero aunque el Senado desaprobaba la conducta de los Fabios y creía justa la petición de los bárbaros, no se atrevía á dictar contra los culpables una sentencia merecida, porque se lo impedía la influencia que tenían aquellos importantes varones. Así, pues, para no tener que responder de las desgracias que podría arrastrar una guerra con los galos, trasladó al pueblo el conocimiento de la reclamación. La influencia y la generosidad fueron ahora tan eficaces, que aquellos cuyo castigo se pedía, fueron nombrados tribunos militares con autoridad consular para el año siguiente. Hecho esto, justamente indignados los galos ante tamaño insulto, volvieron al campamento, amenazando altamente con la guerra. Con los tres Fabios crearon tribunos militares á Q. Sulpicio Longo, Q. Servilio por cuarta vez, y á Ser. Cornelio Maluginense.

Amenazando tan grandes peligros ¡tanto ciega la fortuna los ánimos, cuando quiere hacer eficaces sus golpes! la ciudad, que en sus guerras con los fidencios, los veios y demás pueblos vecinos había acudido

á recursos extremos y nombrado tantas veces dictador, atacada ahora por un enemigo extranjero y desconocido, que le traía la guerra desde las orillas del Océano y de los últimos límites del mundo, no recurrió á mando ni á medios de defensa extraordinarios. Los tribunos, cuya temeridad había ocasionado esta guerra, dirigían los preparativos; y mostrando desprecio al enemigo, no dedicaron al levantamiento de tropas más atención que si se tratase de una guerra ordinaria. Entre tanto los galos se habían enterado de que habían concedido honores á los violadores del derecho humano y que se habían burlado de sus legados: ardiendo en ira, y de carácter impotente para contenerla, arrancan sus enseñas y avanzan rápidamente por el camino de Roma. Como al ruido de su paso corrían á las armas las ciudades asustadas y huían los habitantes de los campos, los galos decían á gritos por todas partes que marchaban sobre Roma; y por doquier que pasaba aquella confusa multitud de hombres y de caballos ocupaba inmenso espacio. La fama que les precedía, los mensajeros de Clusio y de otras muchas ciudades, habían llevado el espanto á Roma; su impetuosa llegada aumentó más el terror; el ejército salió á su encuentro apresuradamente y en desorden; y á unas once millas de la ciudad les encontró en el punto en que el río Alia, rodando desde lo alto de los montes Crustuminos, abre su lecho y va un poco más abajo del camino á arrojarse en el Tíber. Delante y en derredor de los romanos, todo el terreno estaba cubierto de enemigos; y aquella nación, que goza en el tumulto, hacía resonar á lo lejos el ruido horrendo de sus cantos salvajes y extraños gritos.

Allí, los tribunos militares, sin haber elegido de antemano el paraje para su campamento, sin haber levantado una empalizada que les permitiese retirarse,